

así como la basílica de san Pedro. En el castillo de Santo-Angelo hubo el fuego de artificio llamado *la Girandola*. Al otro dia su Santidad recibió la visita del rey de Cerdeña, y del cardenal de Yorck, y dió audiencia á los cardenales, ministros y príncipes. Se cantó el *Te Deum* en todas las Iglesias de la ciudad, y el pueblo manifestó con fiestas y regocijos su alegría por el retorno feliz de un pontífice hecho para merecer su amor. El 26 de junio, en una alocucion pronunciada en consistorio secreto, dió cuenta de su viaje el santo Padre á los cardenales, y habló mucho sobre el respeto y adhesion que le habian manifestado el clero y los fieles de Francia. En efecto este viage pareció estrechar los lazos entre los católicos y el gefe de la Iglesia, que no habia venido en Francia sino para defender su causa y obtenerles mas grandes ventajas, dándoles ademas, durante su mansion, ejemplos de dulzura, prudencia y piedad. Fué tan noble y comedida la conducta de los cardenales como la del Papa, y honraron la Iglesia romana por su desinterés, caracter, y virtudes.

1806.

— Los 30 de marzo y 6 de junio, decretos de Bonaparte para invadir nuevos Estados. En el

trascurso de este año tomó la ambicion de este hombre el mas violento arranque, y dió á conocer á toda la Europa lo que debia esperarse de él. El Papa que acababa de hacerle tan grande servicio fué el primero contra quien se declaró. En el mes de octubre de 1805, seis meses despues que el Papa habia salido de Francia, se apoderaron las tropas francesas de Ancona, y ocuparon su puerto y su fortaleza. Pio VII mandó que se pidiesen los motivos de semejante procedimiento al embajador de Francia en Roma; y no habiendo obtenido contestacion satisfactoria escribió, de su propio puño, con fecha 13 de noviembre, á Napoleon, quejándose amargamente de la violacion de su territorio. Insinuábale á la par que no debia de esperarse semejante acto, despues de lo que habia practicado; y que la presencia de un ministro francés en Roma, despues de semejante acto de hostilidad, ya parecia no tener ningun objeto. Ocupado á la sazón Bonaparte en la guerra contra el Austria, no contestó por de pronto; mas dada la batalla de Austerlitz y hecha la paz de Presburgo á 26 de diciembre, se puso mas altanero, y escribió al Papa con fecha 7 de enero de 1806. Quejábase de que el Pontífice se dejase llevar por malos consejeros, designaba abiertamente al cardenal Consalvi, indicaba la llamada de su embajador, y pretendia que habia ocupado Ancona como protector de la santa Sede, á fin de impedir que esta ciudad *no se viese mancillada por los Griegos y Musulmanes*. El

tono tan pronto altanero, tan pronto irrisorio de esta carta, indicaba al Papa que ya estaban olvidados sus beneficios, y efectivamente, desde entonces fué acrecentándose cada día mas la desavenencia entre estas dos cortes. Manifestóse sobre todo muy descontento el soberano Pontífice de que, á pesar del concordato del 16 de setiembre de 1803, se apoderase el gobierno de los bienes eclesiásticos en Italia para ponerlos en venta, y hasta de los bienes raíces de los obispados; de que se suprimiesen y uniesen monasterios; de que se pretendiese en fin decidir de todo en las iglesias particularmente dependientes de la santa Sede. No teniendo ningun resultado sus representaciones elevadas con respecto á esto, el Papa dejó de dar bulas para los obispos de Italia. Por su parte Napoleon se apoderó de los principados de Benevento y de Ponte-Corvo, bajo el irrisorio pretesto de que eran un motivo de disputa entre la corte de Roma y la de Nápoles; alegacion falsa, insultante y ridícula, como si fuese lícito á un tercero apoderarse de lo que están litigando dos contendientes. Supo el Papa esta usurpacion por medio de los papeles públicos, y se le prometieron indemnizaciones que no le dieron jamas y que seguramente no se tuvo jamas la intencion de darle. Sin embargo estos fueron los engrandecimientos menos considerables con que se acrecentó la pujanza de Napoleon en este año, puesto que se habia hecho ceder en el tratado de Presburgo, Venecia, la Istria, la Dalma-

cia, las islas del Adriático y las bocas del Cattaro, habiéndose reunido el pais veneciano al reino de Italia, que se hizo á la sazón un Estado importante. Habiendo recibido el rey de Nápoles en sus puertos una escuadra inglesa de por junto con tropas inglesas y rusas, se anunció en una proclama arrogante que este príncipe *habia cesado de reinar*; fórmula que empleaba el soberbio conquistador, con sobrada frecuencia este mismo año contra sus enemigos. Insultó de un modo groserísimo en sus boletines á la reina de Nápoles, haciendo avanzar contra este pais un ejército al apoyo de cuyas bayonetas colocó en el trono á uno de sus hermanos. Refugiáronse en Sicilia Fernando IV y su familia, donde aguardaron el fin del cautiverio de la Europa. Génova estaba reunida desde el año precedente al grande Imperio, y á pesar de su distancia, Ragusa no pudo preservarse de una invasion. Cuando uno prospera siempre desea colocar ventajosamente á todos los de su familia, y Bonaparte no se distinguió de este comun deseo; pues dió á una de sus hermanas el ducado de Guastalla, á otra los ducados de Berg y de Cleves, y á otra en fin la hizo con el tiempo princesa de Lucques y de Piombino. La Holanda quedó erigida en reino para otro de sus hermanos; y el año siguiente despojó tambien, para coronar á otro, á tres ó cuatro príncipes á quienes declaró igualmente como *cesantes en su reinado*. A pesar de tantas mudanzas y trastornos distaba mucho de quedar satisfecha la

ambicion de Bonaparte. Ese hombre, que en el espacio de pocos años se habia hecho nombrar consul, primer consul, consul por diez años, consul vitalicio, emperador, rey de Italia, quiso todavía añadir nuevos títulos á todos los que ya llevaba usurpados. Soñó que era el sucesor de Carlomagno y disolvió el cuerpo germánico, ese viejo edificio imponente por su duracion, y creó en su vez la confederacion del Rhin, del cual se hizo protector, ó mejor diremos el árbitro absoluto. Los miembros de esta confederacion no eran sino una especie de prefectos á quienes remitia sus órdenes, sin que jamas dejasen de someterse á ellas. Aumentaba ó disminuía sus territorios á su placer, y se reservaba para sí algunas plazas en el centro de la Alemania, las cuales administraba de su propia cuenta. El Austria y la Prusia se vieron alternativamente humilladas, y la casa de Hesse-Cassel, á par de la de Brunswick, quedaron destituidas de sus derechos y arrojadas de Alemania. Conmovidá la Europa con tamaños sacudimientos, enmudecía á la presencia de este azote, y la Francia, víctima primera de los golpes que iba á descargar en otras partes, se agotaba para sostener este sistema de engrandecimientos y de conquistas, sacrificando sus tesoros y sus generaciones al delirio y á la ambicion de un hombre cegado con su prosperidad.

— El 20 de octubre, apertura de un gran sanhedrin de los Judíos en París. Es un fenómeno de

los mas raros, ver sobrevivir á este pueblo al traves de tantas revoluciones. Mientras que han desaparecido de la faz de la tierra naciones poderosas y grandes Imperios; mientras que no quedan vestigios de los Asirios, de los Persas, de los Medos, de los Griegos y de esos Romanos, que los habian engullido á todos; los Judíos, solo los Judíos, esto es el pueblo menos numeroso y de menor poder ha sobrevivido á todos los Estados de que se viera triste presa en el curso de los siglos. A todas partes llevan consigo ese libro que los está acusando, y á su pesar rinden pleito-homenage á la verdad de una religion que sin embargo aborrecen. Su conservacion es un prodigio constante y una prueba irrecusable de la divinidad de aquel, cuya sangre ha caido sobre ellos mismos. Si se hubiesen convertido todos, decia Pascal, no tendríamos sino testimonios sospechosos; y si hubiesen desaparecido, tendríamos una prueba luminosa de menos. De aquí es que el solo nombre de Judío ya dá sombra á los enemigos del cristianismo. Grande era el horror que Voltaire les profesaba, no viendo en ellos sino á testigos importunos, predicadores tanto mas positivos, cuanto mas homenaje tributan á su pesar á la religion de Jesucristo. Su estado político ha sufrido sin embargo muchísimas variaciones; proscritos en un pais, tolerados en otro, perseguidos en todas partes por un desprecio que es otro de sus castigos, sin templo, sin altar, sin sacrificios, habiendo perdido ya toda nocion acerca

de la distincion de las tribus, se hallan por todas partes errantes y extranjeros, sin que se lleguen á confundir jamas con los pueblos donde viven, pues en cien naciones diferentes forman constantemente un pueblo á parte. Hácese subir su número á unos cuatro ó cinco millones, cuya cuarta parte reside en Europa. Solo en Polonia se cuentan setecientos mil, donde se consagran esclusivamente al comercio. Generalmente se dedican á esta profesion, y el modo como la ejercen ha dado margen mas de una vez á querellas. Acusáseles al par de usura, y tienen una reputacion de avaricia y de avidez que es demasiado general para ser injusta. Que nadie se figure con todo que no forman sino una secta. Un escritor moderno cuenta los Rabanistas, los Chasidim, los Samaritanos, los Zabba-taitas, los Caraitas, etc. Pero sus divisiones mas descollantes son la de los Judíos Talmudistas, estos, que reverencian el Talmud, y los que han abandonado esta coleccion de absurdos pueriles. Pertenecen á esta última los Judíos portugueses esparcidos en Holanda, los cuales pasaban en otro tiempo plaza de heterodoxos, por estar menos sujetos á los rabinos. Dícese que hoy dia se han borrado mucho estas tintas diferenciales, y los Judíos portugueses y alemanes, que en otros tiempos se aborrecian de muerte, hoy dia fraternizan mucho, aunque no frecuenten las mismas sinagogas. Los Judíos alemanes son los que parecen desear mas de veras salir de su estado de ignorancia y regenerar

su educacion. Hasta han tenido entre ellos algunos filósofos y en este número se puede contar Mendelshon, cuyos escritos son poquisimamente ortodoxos, el cual se habia reunido á una sociedad de literatos alemanes para propagar las luces y las ideas progresivas. Entre los Judíos de Berlin, donde residia Mendelshon, se ha introducido tambien el espíritu de incredulidad, lo mismo que en Alemania y Holanda; y la adhesion á la observancia legal que los caracterizaba en otros tiempos ha cedido el lugar á la indiferencia, enfermedad general de todas las comuniones de este siglo. La nueva esplicacion de los protestantes tiene muchos partidarios entre los Judíos. Los de Francia, cuyo número ascendia á ochenta mil, habian obtenido, por medio de los decretos de la asamblea constituyente, que se les igualase con los demas ciudadanos; sin que, segun parece, mejorase su estado semejante medida, ni dejasen, por ser nuestros hermanos, de enriquecerse á beneficio de nuestros despojos. Quejáronse sobre todo en Alsacia de su codicia y de sus enormes usuras, con las cuales tendian á hacerse dueños de todos los capitales de la provincia. Aprovechábanse de la miseria pública para enriquecerse, desollaban á sus deudores de una manera tiránica, y cuando no se les pagaba á su plazo convenido, se hacian ceder bienes inmuebles. Pretendióse en una Memoria impresa, que como no se pusiese freno á este espíritu de rapiña se habian de alzar dentro cincuenta años con to-

das las propiedades de la Alsacia. Estas reiteradas quejas llegaron á ocupar la atencion del gobierno francés, el cual decretó en 1806, algunas restricciones relativas á los Judíos de ciertos departamentos del norte, por lo que toca á la facultad de repetir el pago de los créditos que tenian sobre los labradores. Poco tiempo despues se adoptó otra medida. Convocóse en París una asamblea de Judíos, tanto de los que vivian en Francia como de los que vivian en la parte superior de la Italia; y se dirigió algunas preguntas acerca del espíritu de su nacion. El principal objeto de esta reunion era hallar los medios de disolver en cierto modo las costumbres de los Judíos y fundirlas con las de los Europeos, haciéndoles abandonar, entre otras, esa tendencia á la usura que parecia haberse arraigado tan profundamente en ellos. Las respuestas de esta asamblea son doce, y versan sobre el matrimonio, sobre el divorcio, sobre el servicio militar, sobre la usura, y en general sobre las relaciones de los Judíos con los cristianos. Manifestábase la asamblea inclinada á halagar el gobierno acerca de todos estos puntos y á tranquilizarle con respecto de las disposiciones de sus correligionarios. Una de sus respuestas, la quinta, parece sobre todo resentirse sobradamente de las ideas liberales y del espíritu del siglo. *Creemos*, decian los diputados, *que la diversidad de cultos es una discordancia armoniosa que no disgusta al Dios del cielo y de la tierra; principio bastante discordante con los li-*

bro rabínicos, y muy poco en *armonía* con la misma biblia. Esta concesion filosófica se explica fácilmente por la composicion de la asamblea, formada en gran parte de comerciantes, que sin duda no hacian mucho caso de su creencia, ó que no conocian á fondo los principios de su religion. Por lo mismo comprendió el gobierno que necesitaba una autoridad mas imponente, y consecuente á ello, el 18 de setiembre de 1806, mandó de nuevo sus comisionados á la asamblea, é hizo decretar la reunion de un grande Sanhedrin, esto es, de una corporacion compuesta de setenta individuos, cuya tercera parte á lo menos debian de ser rabinos, los cuales convertirian en decisiones doctrinales las respuestas que ya se habian dado. Hízose la convocacion para el dia 20 de octubre inmediato. Acudieron á ella rabinos de Francia é Italia, dando noticia de ello á todas las sinagogas de Europa, con todo lo cual se queria dar á este tribunal mas autoridad y mucha mas influencia á sus decisiones. Dijose tambien que la asamblea ya constituida proseguiria sus sesiones y quedaria encargada de preparar las materias que se debia someter á la deliberacion del Sanhedrin, el cual se reunió efectivamente bajo la presidencia de D. Sintzeim. Algunos meses duraron las deliberaciones de este tribunal, hasta que por último, á 2 de marzo de 1807, se redactó una decision doctrinal en nueve artículos, que versaban sobre la poligamia, sobre el repudio, sobre el matrimonio, sobre la fraternidad,

sobre las relaciones morales, civiles y políticas de los Judíos con los cristianos, sobre las profesiones útiles y sobre el préstamo, sea entre los israelitas sea con los cristianos. El Sanhedrin ordenó á sus correligionarios observar fielmente sus reglamentos sobre todos estos puntos. La decision que el gobierno deseaba mas era la relativa al servicio militar; queríase sujetar á los Judíos, como á los demas, á la conscripcion, á la cual, como no se ignora, daba grandísima importancia el que no podia reinar sino por medio de la guerra. Las decisiones que provocó, aunque favorables á todas sus miras, parece que no produjeron todo el resultado que se habia prometido. Por mas que declarase el gran Sanhedrin abominable el tráfico de la usura, no por eso han dejado los judíos de sentirse igualmente inclinados á ella, y aunque se les mandase que debian mirarnos como sus hermanos, hay fundados motivos para creer que todavía no ha echado grandes raices entre ellos la caridad. Subsistieron todavía las prevenciones, tanto en Francia como en otras partes, y con el tiempo muchos soberanos se vieron en la precision de renovar las antiguas precauciones y servidumbres usadas contra los judíos.

— El 24 de mayo, canonizacion en Roma de cinco bienaventurados. Cuarenta años habia desde la última canonizacion en Roma, no habiéndose visto esta ceremonia desde el pontificado de Clemente XIII, por los años de 1767. La situacion de la Iglesia, las desdichas de que se veía amenazada, y que realmente no tardaron á funestar la santa Sede, las exageradas pretensiones de un ambicioso vecino, fueron sin duda los motivos que indujeron á Pio VII á proclamar nuevos protectores de la santa religion. Hé aquí los que recibieron los honores de la canonizacion: Francisco Caracciolo, Benedicto de San-Filadelfo, Angela Merici, Nicolasa Boilet, y Jacinta Marescotti. El primero, fundador de los clérigos regulares menores, vivía á fines del siglo XVI, y habia sido beatificado por Clemente XIV. Benedicto, llamado con otro nombre Moro, habia nacido en Sicilia; profesó en los hermanos menores como hermano convertido, y falleció, á 4 de abril de 1589, á sesenta y tres años de edad. Consérvase su cuerpo en Palermo con muchísima veneracion, cuyo culto ya habia autorizado la santa Sede en 1743. Angela Merici, ó de Bresse, fundadora de las